

## CONTRA LAS VANGUARDIAS: DESVARÍOS SOBRE EL EMBROLLO DE PENSAR LO TRANS DESDE LA BARRIGA DEL MONSTRUO\*

*Antar Martínez-Guzmán*

Si tuviera que definir en este momento la transexualidad o el transgenerismo, y ya que de todas formas todas las definiciones son arbitrarias y parciales y recogen un aspecto de las cosas a costa de silenciar otros, diría que lo trans es, sobre todo, un tema de moda. De pronto hay una oleada (donde me incluyo, por supuesto) de efusividad y facundia donde todo mundo quiere hablar sobre lo trans, estudiar lo trans, pensar la “cuestión trans”, legislar para los trans, filmar a los trans, trabajar con trans, ser trans o acostarse con alguien trans. Me parece que todo esto está muy bien siempre y cuando nos acordemos de que ahí hay personas y de que las personas pueden hablar por sí mismas. También, por otro lado, defiende la idea de que la “cuestión trans” es de interés político general porque, independientemente de si seamos o nos consideremos (un poco o un mucho) trans, en este debate están en disputa formas de vida y espacios que habrán de construir el mundo en que vivimos y que nos regirán, de una u otra manera, a todas las personas.

Vamos a recapitular lo que ya sabemos. La transexualidad y el transgénero son expresiones disidentes de género porque desafían el orden heteropatriarcal dominante y esencialista; subvierten los cánones normativos del género al evidenciar que el género es permeable, socialmente construido y que los cuerpos son múltiples e inconmensurables en formas y deseos. Esta ruptura es perseguida y castigada por la sociedad y en particular por la institución psiquiátrica que patologiza e intenta normalizar las vidas para encorsetarnos y controlarnos a todas, todos y todes a través de unos cánones rígidos, estereotipados y sexistas. Y, por supuesto, no está de más recordar que la transexualidad no es ninguna enfermedad. Hasta aquí lo que probablemente sea terreno común, punto de partida compartido.

Yo quisiera hablar, sin embargo, de algunas menudencias que brotan cuando tratamos de pensar y llevar a cabo este proyecto en la práctica; de algunas complejidades y vericuetos que surgen al tratar de encajar estos supuestos en la vida de todos los días y en las calles de todos los sitios. Particularmente me preocupa la insistente proliferación, en ciertos contextos,

---

\* Texto presentado en la Jornada de Debate sobre Políticas Trans, del I Edición de Cultura Trans: Actividades por la Despatologización Trans - Octubre 2011, en Barcelona.

de colectivos interesados en ser la “vanguardia” del género, la punta de lanza portadora de la verdad que nos liberará y la consecuente guerra de versiones sobre la “cuestión trans” que tiene unos efectos prácticos peligrosos.

Para desarrollar la idea, podemos decir hay *-grosso modo* e incurriendo en un reduccionismo inevitable- dos maneras de entender lo trans:

- a) Como una sigla más dentro de las disidencias sexuales oficiales: LGTBI... QXYZ. Es decir, como producción de una diferencia, como un sector particular y distintivo, como una clase, como una especie. Desde este punto de vista, ser trans puede ser visto, y de hecho es visto, como la transgresión de moda, como la disidencia guay, como la última y más avanzada práctica radical del género, a donde hay que ir a apuntarse para ser respetado en el mundillo. Desde este punto de vista, la transexualidad es una cosa diferente y separada de las demás siglas y contrastable con ellas. Mientras más siglas haya, por supuesto, habrá más grupúsculos y tribus de las que cuales distanciarnos para construir nuestra propia y privada particularidad, con las cuales pelearnos recursos y espacios, verdades y legitimidades, etcétera. Quienes se hayan asomado un poco al mundo del activismo del género sabrán que no es raro encontrarse una miríada de pequeñas y constantes peleas y escisiones por detalles mínimos y matices rebuscados. A veces hay que ver si el sector feminista radical de transexuales gay ha logrado llegar a un acuerdo con las transfeministas moderadas sobre si permitir que el ala del lesbianismo más identitario proponga la modificación del concepto del transgenerismo *queer* en la versión final del manifiesto. En estos trabalenguas se nos va una buena parte del tiempo. Puede llegar a ser muy frustrante: muchas cosas no llegan a hacerse, en buena parte, por nuestras entorpecedoras y enanas luchas intestinas.
- b) La otra forma de entender lo trans es como la insignificancia o el desvanecimiento de las iniciales (LGTBI... QXYZ): si el género es de entrada un proceso fluido y diverso, qué importancia tiene en qué punto del arcoíris incommensurable del cuerpo y del deseo nos situemos; qué diferencias entre letras y tribus necesitamos construir además de nuestra común condición de ser todas y todos y todes igualmente artificiales, igualmente naturales, y con ganas de vivir dignamente y de gozar del cuerpo propio y de algunos cuerpos ajenos. Si lo trans nos muestra multiplicidad y movimiento, qué relevancia tiene cómo nos llamemos o con quien nos acostemos para determinar si estamos del lado correcto o equivocado, si somos más o menos normativas, más o menos alternativos... si al final compartimos igualmente la condición común de ser un tono en el universo de los colores. Desde este punto de

vista, lo Trans no es una inicial (T) sino el movimiento que va de una inicial a otra, el espacio en blanco que hay entremedio y, así, la colección incesante de iniciales pierde sentido.

Mirado de esta manera, el problema no es ningún tipo de sexualidad: ni la hetero, ni la homo, ni la bi, ni la trans ni la hiper, ni la super... ponga usted el prefijo que le apetezca. El problema es cualquier sexualidad normalizadora (que no normativa), coercitiva, obligatoria y discriminante. El problema es cualquier sexualidad que se considere a sí misma superior a las otras, inclusive si ésta es *queer*. La lucha de hoy efectivamente debe ser contra el heteropatriarcado, pero no por lo hetero y por lo masculino *en sí mismo*, sino por sus efectos excluyentes y violentos. El hecho de que el heteropatriarcado sea hoy el objeto a desafiar es una circunstancia sociohistórica. Detrás está la lucha más importante que es contra la exclusión y la violencia, de donde sea que ésta provenga. En otras palabras, la lucha perenne debe tener como único blanco la estupidez y la intolerancia, vistan la bandera que vistan: ya sea porque exigen una identidad estereotipada o porque evalúan a ver si eres lo suficientemente *queer*.

Cuando digo esto de ser suficientemente *queer* tengo en mente una forma de interpretar lo *queer* y lo trans, extendida en ciertos círculos culturales y sociales, que piensa que ser *queer* es fluir libremente entre los géneros, es no ser nada, serlo todo, no tener fronteras, construir tu propio cuerpo como te dé la gana, como se te va ocurriendo cada mañana mientras te recuperas de la resaca, tener ropas chulas, punkis y caninas. Esta es una lectura peligrosa porque hace parecer que la identidad y el cuerpo son una cuestión de elección personal, de decisión individual, de creatividad posmoderna para artistas cuyas obras de artes son sus propias sexualidades. Es peligrosa porque congenia perfectamente con el espíritu neoliberal del individualismo, del espectáculo del yo, de la multiplicación de placeres a la manera de sabores de helados. Escoge el que más te gusta o atrévete a probar la máxima experiencia de crear el tuyo propio. Es peligrosa porque esta ilusión voluntarista olvida los fuertes constreñimientos sociales y materiales que determinan en gran medida lo que somos: condiciones de vida que no son individuales ni pueden ser cambiadas desde la individualidad. Que son colectivas y que son precisamente las condiciones que permiten que unas personas tengan más opciones individuales que otras.

(Por eso no es raro encontrarse con que esta versión de lo trans y de lo *queer* abunda sobre todo en una legión muy particular. A riesgo de morderme la lengua, diré que es una legión con ciertos recursos culturales. Que ha ido a la universidad o que es artista. Mayoritariamente joven, de clase media para arriba. Habita sobre todo en las ciudades y, especialmente, en las ciudades del

primer mundo. Es una legión butlerizada, postpornografizada. Le gustan las palabras como 'epistemología', 'ideología', 'subjetividad' y 'perentorio', ésta última queda muy bien si al tiempo que se le profiere se da un golpetazo en la mesa, marcando el momento cumbre de la arenga. Esta legión se ha leído algunos libros y se ha convencido de conocer el secreto de la opresión y reconocer el rumbo de la liberación para las personas trans. Pero lo cierto es que los performances o las tesis o los libros o los manifiestos que producen con sus amigas, amigos y amigues están hechos en un lenguaje lejano y extraño a la mayor parte de las personas transexuales. Su discurso, construido escrupulosamente con toda la corrección política posmoderna, dice ser consciente de vectores como la clase o la raza. Pero en la vida cotidiana suele tener muchas dificultades para encontrar lenguaje común con la peña de los barrios bajos, con el inmigrante sudaka que cuida el parking de motos. Al considerarse como vanguardia, esta legión luchará rabiosamente en nombre de todas, todos y todes, pero lo hará porque cree que el mundo que conseguirá va a pensar exactamente como ella piensa, y todas las personas se le van a parecer.)

En México, en la provincia de donde yo vengo, la normalidad de las personas trans transcurre entre abusos sexuales y palizas. Una chica me contó con la mayor naturalidad que cada tanto terminaba golpeada y abandonada en alguna carretera oscura. Si le iba bien esto sucedía cada tantos meses, las malas rachas le traían estos inconvenientes dos o tres veces a la semana. Es el precio corriente que hay que pagar por andar de travesti o de maricón o de puta. No hay ni de qué extrañarse. Afuera de ciertos contornos y de ciertos círculos más o menos privilegiados, la gente no tiene un rango de posibilidad tan cómodo para pensarse y construir su género y jugar a experimentar con su identidad para ser más genuina. O te las arreglas para pasar los controles o terminas cualquier día de estos con un balazo entre los ojos. En este panorama Barcelona y Europa son un paraíso, aunque con sus purgatorios internos, por supuesto.

Al menos por esto, lo trans no debe ser entendido como una vanguardia del género. Las vanguardias terminan, tarde o temprano, por ser injustas y excluyentes. La historia nos ha enseñado reiteradamente que una vez que las vanguardias consiguen sentarse en la silla grande, convierten su verdad en la nueva ley vigente e imponen su orden. La idea de las vanguardias viene de la lógica militar: la vanguardia es el cuerpo que se adelanta al grueso del ejército, y por tanto es el primero en tener una visión del campo de batalla: presuntamente, la vanguardia va más allá, anticipa el futuro. Y este esquema se entronca con la tradición ilustrada de los intelectuales como guías de masas. Las vanguardias y las supuestas élites radicales en muchas ocasiones obstaculizan más que facilitar el cambio social, por la sencilla razón de que

todas creen tener la verdad y la justicia de su lado. Y conciliar entre estos grupos resulta algo más que un tremendo embrollo.

Hay que cuidarnos de las vanguardias, y más aún cuando éstas se autodenominan vanguardias, porque entonces desde ya nos están mirando por el encima del hombro. Lo trans no es ni la Beatriz Preciado ni la Guerrilla Travolaka: estos son sólo unos pocos costados sumamente visibles, sumamente sofisticados y sumamente privilegiados del mundo trans. Lo trans es mayoritariamente la gente de a pie que trata de sobrevivir y hacer su vida y hacerse inteligible cada día; la gente que nos enseña que más allá de nuestras iniciales y nuestras cachondeces y nuestra señas particulares y nuestras huellas genitales, lo que importa es crear un espacio común donde puedan habitar todas las letras del abecedario y todos los espacios que hay entre ellas.